

Paola G. Gasca

RAÍCES DEL MAL

Siempre nos parecemos a los dioses que adoramos.

MARIANA ENRÍQUEZ.

I

La fotografía muestra dos personas. La primera eres tú, Inés. La segunda tu tía Jacinta. Tú tenías esos rizos que, capturados en la imagen, lucían blancos, casi transparentes, como si la foto hubiera sido mal tomada, con harta luz que se colaba hasta el alma de uno, deslumbrantes y con una enorme mancha que capturaba aprisa tu mirada, porque así nomás, contigo, la foto rechinaba de vida. Tus ojos verdes, aunque imperceptibles al revelado en blanco y negro, tenían la pupila dilatada, como estallando de miedo ante un horror suscitado delante de tus grandes y saltones ojos. Esa mirada, esa mirada que le desdoblaba a uno el miedo, a pesar de tus dos años de edad.

La tía Jacinta te tiene en sus brazos. Te estrujaba fuerte, amorosa, como si fueras su propia hija. Su sonrisa es aún más aniñada que la tuya. Tú pareces la madura, la de treinta y seis años, la que sabía el futuro entero en sus ojos y ahí lo poseía todo. Ella, en cambio, se mira dulce e inocente, tan en su cuerpo como nunca antes se le había mirado, tan entregada a la felicidad del momento. La foto causaba escalofríos por aquella disonancia en los cuerpos. Era la boda de la tía Jacinta, por fin, el momento que había esperado toda su vida. Justo en ese instante empezaba su tormento, el cual no cesaría hasta su propia muerte.

Tu vestido era acaudalado y de encaje grueso, del bueno, tupido de flores en el pecho y en tu faldón. Tu pelo estaba trenzado, atado a un cordón de sutiles destellos de color. El vestido de tu tía era una réplica del tuyo. Lo cuento así y no de otro modo, porque la costurera de Salamanca, la señora Jovita —que en paz descanse—, tuvo a bien confeccionar primero el tuyo como muestra para Jacinta. Cosa curiosa que precisamente fuera el de la novia el que no pudo terminar a causa de su repentina muerte —se atragantó en la feria del pue-

blo, creo que con un buñuelo, o ve tú a saber con qué—, su hija Lorenza lo tuvo que continuar y a duras penas logró terminarlo de un modo decente, pero eso no fue impedimento para que el mero día de la boda tu tía se sintiera inigualablemente hermosa, parida por arcángeles.

No, nada de eso era lo raro. Lo que resultaba extraño era el hecho de que estaba sola. Era su boda y estaba sola. Sola. Las bodas en nuestro pueblo parecían no ocurrir sin la legendaria foto al pie de la iglesia, enmarcada por la grandeza de Dios, adornos florales y uno que otro santo patrono asomado al fondo. Y en esta foto que tengo aquí mero en mis manos no había rastros de Ramiro, el joven de veinticuatro años que se casaba con la tía Jacinta, la quedada de la familia y que ahora tenía como esposo al hijo del hacendado Leopo, al menor, al guapote de manos toscas y espaldota, ese por el que las jovencitas andaban cacheteando las banquetas nomás de verlo pasear en la calle. Y no era asunto de jovencitas. No, cuando Ramiro la miraba a una, como que una sentía un escozor en las piernas, como perdiendo la fuerza, nomás se le iban a una desganzando; como que el cuerpo

se apropiaba del alma por embrujo de su masculinidad.

El amor, decían, había empezado en la tienda de regalos que la tía Jacinta había puesto en la mera esquina del pueblo, ahí, en la entradita donde los arcos extienden las letras de bienvenida, en frente de las vías del tren. Al principio, cuando abrió su changarro, todos augurábamos —y me incluyo— un rotundo fracaso, pos ¿quién andaría comprando regalos en un pueblo como el nuestro? Acá nos gustaba ir a León, a comprar piel de la buena. Pero la tienda de la tía se convirtió en el punto de encuentro para los jóvenes noviecillos, entre ellos la propia Jacinta y Ramiro. Al lado de su tienda, permanecía sigilosa la plaza del pueblo, con su pequeño kiosco, desgastado en pintura carcomida y humedecida. El blanco había dado paso a un gris tenue y ni qué decir de aquel ocre que sólo pocos sabíamos que era el color original, pues de ocre no quedaba nada, más que la sombra de sus primeros años. Ahora ese kiosco había sido testigo de las primeras miradas que cambiarían la vida de Ramiro y la de tu tía Jacinta. Sus primeros besos ocurrieron ahí, sellando un pacto eterno de sufrimiento.

Otros muchos decían que la cosa no era amor, sino puro deseo. Tú dirás que cómo deseo si a la tía Jacinta ya se le comenzaba a colgar el cuerpo, pero es que el muchacho era de sangre caliente, nomás que con la tía Jacinta la cosa era distinta, eso me consta, a pesar de las palabrerías y habladurías que circulaban por el pueblo. Sí, era cierto que cuando empezó el romance, el Ramiro era hombre de mucha mujer, pero conforme el tiempo fue pasando, dejó a todas las otras muchachas, incluida Refugio, la muchacha más hermosa que haya dado este pueblo, con su carita de porcelana y que había sido su novia desde la primaria. A ella también la dejó por Jacinta.

Quién iba a decirlo, Inés. Y tú ahí, en la foto, con tus años de maldad en el rostro. No dejes de pensar que la maldición se la propinaste tú con tus ojos de bruja que chupan el alma y absorben las cosas buenas. La prueba es esta foto que ahora tengo en mis manos. En ese instante la maldijiste.

Por mucho tiempo le tuvimos lástima a Jacinta: sola, la más joven de la familia, la “quedada”, era lo que pensábamos todos sin aspavientos, pues ya entrados a sus cuarenta y bien entrados, las posi-

bilidades de que lograra casarse eran mínimas, y a todos nos calló la boca casándose con el más guapo del pueblo. No te miento, despertó la envidia y el coraje de muchas. Se hablaba de ella a sus espaldas, se inventaban historias de amores prohibidos con el Ramiro, se hablaba del mentado lunar que Ramiro tenía allá, bien escondidito como prueba de sus aventuras. Pura cizaña. Tu tía lo aguantó todo porque era sabia y no se dejaba engatusar por esos cuentos.

Para mí la cosa era un amor bonito. Duraron poco menos de un año de novios para después llegar al altar. La boda se anunció para diciembre de aquel año y de pronto se adelantó a agosto. Se decía que el Ramiro había conseguido chamba en Canadá, en una fábrica que les daría una vida chula, como siempre la deseó tu tía. Ramiro no era como el resto de sus hermanos, era más bien un hombre de mucha vida, de mucha voluntad, él se ahogaba entre las miles de paredes de la Hacienda de los Armenta. Su padre jamás concibió que Ramiro quisiera ganarse la vida por sí solo, que quisiera meter las manos en sus tierras; ante los ojos de su padre, Ramiro llevaba una vida de pobre y

los bolsillos de millonario. Ése fue el Ramiro que conoció Jacinta. A ella le hablaba al oído de la hermosa casa que le construiría, de los cuatro hijos que tendrían (dos hombres y dos mujeres), del enorme jardín que aguardaría por ellos a la entrada de la casa, con flores de todos los modos posibles. Blanca. La casa sería blanca, la fachada la haría como aquella que el papá de tu tía Jacinta había dejado a medias, en la cima de Apaseo el Grande. La casa que en vida su padre nunca pudo reconstruir, ahora Ramiro se la levantaría, pero desde los campos de Canadá, donde fue a trabajar por cosa de un mes en aquella época en que lo mandaban por largas temporadas a las afueras. En la embriagante soledad, tocado por la gélida brisa, los montes le habían susurrado a Ramiro que ahí mero era donde pertenecía, sólo le hacía falta el calor de una mujer, del amor de su vida, cuando lo encontrara. Y, de pronto, llegó Jacinta.

A tu tía le había cambiado la mirada; era luminosa y brillante. Sonreía de todo, olvidándose de ese diente que le faltaba y que por tanto tiempo la hizo ocultarse en su cara larga. Era bonita, eso que ni qué, más aún comparada con el resto de sus

hermanas, las cuatas e Imelda, a quienes sus arrugas las marcaban al parejo de sus años; en definitiva, la tía Jacinta había desbancado a todas.

Sin embargo, tenía un pesar muy grande en su alma. A los dieciséis años tuvo un problema grave de salud, grave de veras. En el pueblo se rumoraba de un aborto, que por andar de cusca. Eso por mucho tiempo la marcó, porque los hombres del pueblo la veían sucia, manoseada por el pecado de haberse deshecho de la posibilidad de ser mamá. Eso destruyó a tu tía, porque la cosa distaba mucho de ser como se contaba en los rumores.

Jacinta fue de las primeras en ir a Salamanca a estudiar la prepa. La mayoría de las mujeres de por acá se quedaban con la secundaria nomás; ella, no. En una de esas tardes en que regresaba al pueblo, tomó el camión, se veía pálida, como cargando una pena. Llegó al pueblo. Recuerdo haberla visto pasar y pensar *ésta ya salió con su empanada*. Nomás la saludé de lejitos, pero la mera verdad la cara que traía sí era de estar de encargo. Me seguí pa'l mercado y al día siguiente me enteré del tumulto que se armó en el puente: ahí, entre generales y revolucionarios, tu tía cayó como costal, de su falda

corrían chorros de sangre que no cesaban. No me acuerdo quién dijeron que la cargó y se la llevó a Gumaro, el curandero. Jacinta, sudorosa, blanca de palidez, no paraba de quejidos. Gumaro tomó compresas húmedas e hizo el tacto. No era aborto, eso lo supo porque no había rastros de producto, pero existía un hueco que no lograba entender. Detuvo el sangrado, pero la fiebre no paraba y tuvieron que llevarla al hospital de León, el más decente en esa época. Ahí le dijeron a Jacinta que el sangrado había sido cosa de un tumor que tenía años comiéndose sus entrañas y que ese día tuvo a mal reventarse, dejándola con un ovario nomás. Tu tía se lo tuvo guardado, prendado a lo más profundo de su alma, como un dolor que la hacía consumirse por pena a admitir que era menos mujer.

La edad madura de tu tía, al momento de casarse, le alimentaba el miedo de jamás poder cumplir los ambiciosos sueños de la familia tan grandota que Ramiro quería y que ella dudaba tanto en poder darle. Los médicos decían que con un ovario podía vivir bien y hasta tener chamacos, pero que le metiera prisa, porque ya iba en los treinta y seis años y, a esa edad, pues, ni completa.

El día de su boda, ¡qué jolgorio en serio! Parecían las puertas al mismísimo paraíso. Jamás vi a unos novios iguales, con un amor tan profundo y real. Quién lo iba a decir. Si pidieras que alguien más en el pueblo te narrara aquello, todos dirían lo mismo: se comían con los ojos. Nadie más existía para los novios, nadie más estaba presente, sólo la estela de luz desprendida de sus abrazos y arrumacos. La piel destilaba un calor asfixiante y uno era parte de ello, de esa luz que sólo he visto en Ramiro y Jacinta.

El evento tuvo lugar en La Agraria, ese salón grandote y burdo que teníamos para hacer la fiesta de San Blas, el patrono del pueblo, dueño de nuestras más grandes plegarias, guardián de nuestros más profundos secretos y pecados bien guardados (aunque uno que otro se colara en boca del pueblo). El lugar era feo con ganas, pero ese día lucía con la pulcritud del amor de Jacinta y Ramiro, con absoluta perfección. Había un camino de flores blancas que recorría desde el piso de la puerta principal hasta la enorme mesa de los novios, de la que colgaban nudos de globos enredados, blancos y acorazonados.

Recuerdo el centro de la pista: de mero en medio pendía un candelabro de papel picado, la cosa estaba tan tupida como si las nubes hubiesen entrado al salón, sin permiso del cielo, para cubrir a los novios y de paso a sus invitados. La pista estaba rodeada por una serie de luces azules y blancas, con destellos parpadeantes. Ramiro, vestido de charro, tomó a tu tía de la cintura, acarició su rostro y besó su mejilla, después la tomó de la mano y la presumió por todo el lugar. La mostraba como si fuera el tesoro máspreciado que pudiese tener, todos aplaudíamos con harto júbilo, las manos se le adormecían a uno de tanto furor y energía sacada de no sé dónde. Presenciábamos un momento hermoso y nos contagiarnos. Todas, por unos segundos, quizás horas, fuimos Jacinta, la quedada del pueblo, la ahora mujer del Ramiro.

Los novios inundaron la pista por cosa de dos melodías, la mera verdad no recuerdo si la música tenía letra o no, pero recuerdo la cadencia, era lenta. Los invitados los seguíamos con el movimiento de nuestra cabeza, como nadando en un río de aguas cálidas. La mejilla de ella descansaba en el hombro de Ramiro. Jacinta, como despertando

de ese sueño profundo, se desprendió de su esposo y caminó hacia ti, Inés, que estabas en los brazos de Julián, el chamaco de Eduviges, ese muchacho de treinta y cinco años, pero mente de niño de diez —el guamazo que un día se puso cuando cayó del monte lo dejó medio tarado, con los ojos perdidos y medio descoordinado de sus movimientos—. Ni él ni tú apartaban la mirada de los novios. Jacinta te tomó para acurrucarte en sus brazos. Los novios te abrazaron haciéndote de ellos en ese instante. Ahí, en ese baile, seguro en ese momento les echaste la maldición. Te adoraban, Inés, y así les pagaste.

Fue una noche eterna. Hubo harta música y baile. Estábamos rodeados de felicidad, podíamos respirarla. Por una noche, el pueblo completito se entregó a la verdad, al amor de Ramiro y Jacinta. Atrás quedó la envidia de todos, los rumores, la palabrería. Gozamos al parejo.

La fiesta se acercaba a sus momentos finales. El olor a flores y pasto fresco delataban un amanecer próximo que se entremezclaba con la amargura de cerveza y alcohol en proceso de fermentación. Quedaba poca gente repitiendo una y otra vez las

mismas canciones, esas que levantan el ánimo de cualquier jolgorio; pero los cuerpos ceden, no con la misma fuerza, sino aletargados por el vino. Los efectos del alcohol ya no lo dejaban entrar de lleno a uno en el júbilo, nomás en las migajas del zangoloteo. Entre cantos de voces roncas, bocas chuecas y bailes a medio gas, Ramiro y Jacinta se unían en tiernos besos, repentinos y sinceros. Él cargó a su mujer, la subió a la carroza que los esperaba desde el mediodía y se fueron. Los vimos partir por el camino de grava, las llantas hacían ese crujido especial que emiten al rozarse con el suelo, mientras el sol se asomaba al fondo, el rojizo de su luz pintaba los campos, ya verdes, ya vivos.

Ahora miro tu rostro, Inés, en esta condenada foto y no logro saber cómo en ese cuerpo tan diminuto guardabas tanta mala entraña... La vida para Jacinta había dado un vuelco abrupto a lo bello, a una felicidad entera. Efímera ilusión. Pero estoy segura de que no fue causa de un destino fatídico, ya escrito pues, sino fue culpa de que alguien metiera mano negra y jalara los hilos del destino en su contra, tirando fuerte a la destrucción de su alma.

Un par de semanas antes de la boda, los novios comieron en casa de tus padres, Inés. Ramiro y Jacinta iban a ser tus padrinos de bautizo, el cual se celebraría al regreso de su luna de miel, un periodo corto que los novios pasarían en Veracruz donde la familia de él tenía un rancho. Los Armenta eran dueños de medio Sarabia y de medio Cerro Azul, pueblos rascuaches, pero en vías de progreso, con mucha promesa ante su cercanía con la capital de los estados. Se avecinaban buenos años con tanta fábrica que abrían y abrían a los alrededores. Felipe, tu padre, tenía poco más de un año sin pisar la casa grande, pero ése es chisme que supimos después, lo de tu hermano malparido y todo ese gran secreto que Dolores, tu madre, se guardaba sedienta de venganza y sumergida en rencor. Para ese momento, todos hacíamos a Felipe en la Ciudad de México; él iba y venía probando una u otra forma de ganarse la vida. Para ese entonces, era la lucha libre, esa pasión tan loca y animal de golpearse, quesque decían que era un deporte. A nadie le sorprendió que Felipe se dedicara a ese terrible oficio, porque quienes lo conocíamos desde chamaco sabíamos que siempre an-

daba guamazeándose: primero con sus hermanos, luego en la escuela y más tarde también a Dolores. Cada en cuando ella aparecía con un moretón sospechoso en sus brazos y piernas, e incluso una vez casi pierde el ojo. ¡Un animal ese Felipe!, pero, claro, Dolores inventaba cualquier cuento para no darse de topes ante su realidad innegable.

Ella siempre estaba sola, la pobre no se daba abasto con los siete chamacos que había tenido y en filita, uno tras otro. Tú estabas por bautizarte, Inés, y ella ya estaba panzona de nuevo, o sea que Felipe llegaba, pisaba y corría: a lo que iba pues. Un calvario, silencioso y rutinario. En el pueblo se decía que Felipe le mandaba centavos cada en cuando, pero a mí me consta que no era así. Dolores lavaba ajeno y en eso se pasaba las tardes. Éramos un pueblo modesto, pero el lujo de no lavar lo propio, muchas se lo daban, y de ahí ella llevaba pan, frijoles y leche para ustedes.

La tarde en que Jacinta y Ramiro los visitaron, tu mamá preparó su guiso típico: la carne de puerco con verdolagas, con un toquecito de manteca, chile verde y esos frijoles de la olla, en caldo y refritos, como sólo ella en el pueblo entero sabía preparar.

Echaba tortillas, y, claro, hacía unos sopecitos de entrada. Dos artes que le dejaban las manos carcomidas, entre la masa seca en su piel y su cercanía a la lumbre, que ya poco le quemaba.

Cuando había visitas, los chamacos se quedaban en el cuarto grande, porque Dolores perdía con gran facilidad la paciencia. Controlar a tanto niño inquieto nunca fue su fortaleza y menos hacerlos disimular su apetito ante la comida de las visitas que, además, no alcanzaba para tantos. Ella siempre ponía de pretexto que ustedes eran muchachos muy buenos y que no salían de ese cuarto de tanto estar hace y hace tarea.

Dolores no podía aplicar la misma estrategia contigo y tus ojotes. Ella te temía, ahora lo sabemos, pero en ese entonces todos creíamos que en ti desquitaba el coraje que le tenía a tu padre. Tus ojos, tu cara, tus modos, siempre fueron los de Felipe, y Dolores no podía con eso. Te miraba con reproche a pesar de tus pocos años y después fue aún peor: cargabas con esa culpa de todo el daño que tu padre le hizo. La verdad es que no logro saber si en algún momento de la vida tuviste inocencia y tu madre te la cortó de raíz, provocando

tu maldad, o si lo bruja lo traías ya de nacimiento. Eso jamás lo sabremos.

Ramiro y Jacinta estaban ahí. Tus ojos verduzcos actuaron en ellos de manera seductora, sabían de tu existencia porque Dolores no veía la hora de enjaretar, aunque fuera a uno de sus pobres hijos, con algún padrinzago que de veras rindiera frutos económicos y, por qué no, librarse de una boca que alimentar. Cuando supo del matrimonio de tu tía, no tardó en meter tu dulzura a los novios: para esa tarde ya estaban enamorados de ti. Estoy segura de que en cuanto convivieron un poco más contigo, desearon una hija como tú, porque siempre te trataron como tal. Esa tarde te llevaron una medallita de la virgen del Carmen que compraron en Amatlán para poder hacer oficial el compromiso que estaban contrayendo contigo. Estaba chula la condenada. La cadena donde pendía era muy grande para tu tamaño, lo supieron desde la compra, pero no les importó porque sabían —y por aquello lo hicieron— que a pesar de que los años avanzaran, ésta siempre te acompañaría y, por supuesto, siempre te protegería. Era ovalada y alrededor tenía una pequeña y sutil corona de color

dorado; en la parte de atrás estaba escrito tu nombre: Inés.

Jacinta te acurrucaba en sus brazos, acariciando tus suaves rizos, te apretujaba los cachetes con tronados besos y tú la mirabas fija, sin regalar sonrisas, sin regalar llanto. Ramiro se enamoró más de ella en esos momentos en que la maternidad la cubría con un manto sagrado de bondad y amor. Era, en definitiva, la mujer perfecta para ser la madre de sus hijos.

En medio del café con delicado sabor a piloncillo y capirotada, los adultos hablaban del campo, la cosecha, alguno que otro chisme del pueblo, los detalles de la boda, la luna de miel y sus planes pa después: lo de Canadá y ese futuro pintado de la mano de las fantasías de Ramiro y que a la misma Jacinta asustaba tanto.

La vida ahora le concedía nuevos colores. La tarde se pasó de largo. Para ellos, la decisión fue clara en ese momento y para Dolores también.

En su primer día de esposos, pactado ante las leyes de Dios, Ramiro y Jacinta recibieron lo que que-

daba de un día ya húmedo de amanecer, marcado por la eternidad de su amor y por el anhelo de un porvenir luminoso, lleno de dicha y lleno de ellos. Ahí, en la privacidad de sus cuerpos desnudos, Ramiro admiraba la piel de Jacinta, plagada de tiempo detenido. Ramiro no hacía más que devorarla entera a besos. Le besaba el vientre abultado por los años acumulados y por el niño Armenta que ya venía en camino. Casi podían escuchar el llanto del pequeño al nacer. Apresurados, pretendían que el tiempo cobrara velocidad y a galope firme llegara el día en que sus brazos se llenaran de una vida nueva. Aquella tarde, y por muchas tardes más, te tendrían a ti, Inés, sólo a ti para acompañarlos en su juramento de amor eterno, fuiste su fiel testigo. Serías de ellos por días o, quizá, toda la vida, porque así lo decidió tu madre; o ve tú a saber si lo decidiste tú misma.

Esa misma mañana, pero del otro lado del pueblo, Felipe te arrullaba, gozaba esos últimos instantes de tu aliento, porque los novios no tardarían en pasar por ti para llevarte con ellos a Veracruz. Qué cosa tan extraña, de veras, aquel arreglo al que habían llegado y que uno ni enterado hasta

meses después. Tu padre había regresado de la capital para estar presente en la boda de su hermana Jacinta y, claro, para tu próximo bautizo. Tenías ya dos años viviendo en el pecado de no haber sido tocada por la gracia de Nuestro Señor y esos años bastaron para sembrar tu vida en las mismísimas llamas del infierno: el tuyo, el de tus adentros, el de tu corazón corrupto y el de toda tu familia. Y, sobre todo, el de tu tía.

Mientras tu padre se volcaba sobre ti, Dolores estaba sentada en el suelo, limpiaba los restos de vidrio roto: el caballito de tequila que se estrelló en el suelo, producto de un grito acelerado, cegado de euforia por parte de tu padre. Chuchín se acercó a querer ayudarle, pero ella ardió en rabia y le plantó tremendo cachetadón, como eran costumbre las reprimendas brutas de tu madre. Chuchín aguantó el golpe sin chistar y eso la hizo enfurecer aún más: gozaba del llanto y aborrecía la indiferencia. Felipe, contigo en brazos, la levantó bruscamente del suelo.

—¡Cómo eres bruta, de veras! —y acercó a Chuchín hacia él.

Era la primera vez, quizá, que Felipe lo tenía tan de cerca. Siempre los defendía de palabra. Tus hermanos vivían en una lucha constante de fuerzas, entre la perversión de tu madre por la violencia hacia sus engendros, como solía llamarlos a menudo cuando andaba bien encorajinada, y la pasividad evidente de Felipe. La dualidad de tu padre consistía en ser un bruto, un salvaje en serio, pero su animalidad sólo tenía cabida en el cuerpo de Dolores; a sus hijos, ni rozarlos ni abrazarlos.

Dolores agachó la cabeza y te miró de reojo. Tú ni te inmutaste. Quizás, en el fondo, querías castigar a tu madre con ese desdén provocado por la valentía de estar en los brazos de Felipe. No, no quizás, estoy segura de ello. Mientras, Chuchín era la víctima de ambas porque no era a él a quien tu madre quería abofetear, sino a ti y tu mirada cambiada cuando tu padre te acurrucaba. Aborrecía cómo se entendían en arrumacos y palabras dulces pronunciadas sólo para ti, exclusivamente a ti, con una ternura que ella nomás pudo tener los primeros años de novios, cuando Felipe la salvó del terrible destino que la perseguía.